

Cuaderno 7^o 50

CLÁSICOS Y MODERNOS

*Junio
1914*

LECTURAS
DE
VARONA




IMPRESA ALSINA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

LECTURAS
VARONA

COLECCIÓN ARIEL

Junio de 1914



IMPRESA ARIEL
A. D. ADRIANES DE ROSAS



Apresiasi¹

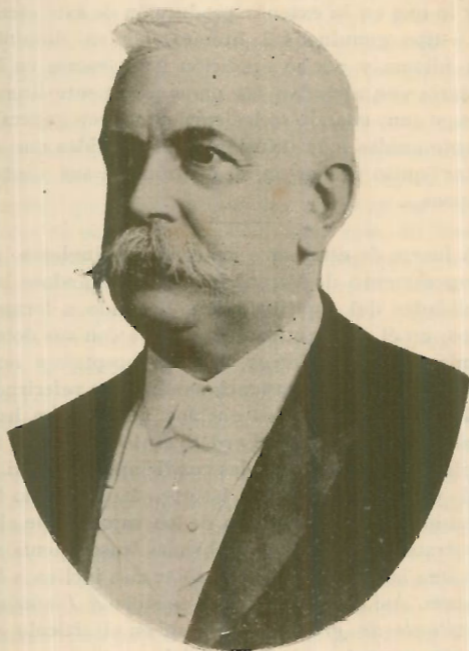
ATESORAN ciertos hombres un caudal tan vasto de actividades, y suelen ejercitarlas tan útil y sabiamente, que el ánimo, perplejo ante la obra multiforme por ellos realizada, no acierta a comprender de qué manera, en el estrecho marco que significa una vida humana, pueda haber programa tan vasto y tan vario. Tal ocurre con la personalidad de Enrique José Varona, cuya significación en el desenvolvimiento intelectual de Cuba es de notoria trascendencia en tan diversos como importantes aspectos. Literato, periodista, orador, poeta, filósofo, profesor, hombre público, Enrique José Varona ha dejado por doquier, en la vida de su país, la firme huella de su paso. Es imposible recorrer la historia de Cuba durante casi medio siglo, o, cuando menos, desde 1880 hasta los días que corren, sin encontrar el nombre de Enrique José Varona asociado, de un modo u otro, a los acontecimientos más salientes que se sucedieron en tan agitado y tormentoso período.

¹ El estudio completo puede verse en los Nos. XII y XIII de *La Revista de América*, de donde hemos tomado estos párrafos. (N. del D.)

Sería difícil, por eso, analizar su nutrida y sólida labor intelectual sin penetrar, siquiera sea accidentalmente, en el proceso de su vida pública. ¡Están tan íntimamente ligadas su actuación como político y su actuación como escritor, principalmente durante el período colonial! Al través de toda su obra, que comprende cerca de cuarenta volúmenes y folletos¹, y que, en parte no despreciable se halla además, anónima y dispersa, en las páginas de los periódicos que le tuvieron como director o le contaron entre sus redactores, se advierte, unido a los empeños del literato, el interés del hombre público por influir en los destinos de su tierra. Este es el vínculo estrecho que hace uniforme su obra, al parecer tan compleja y diversa, por estar repartida en campos que no siempre es posible dominar conjuntamente.

La labor de Enrique José Varona ha sido utilitaria, en el alto y noble sentido de la palabra. Sus múltiples energías se han consagrado al servicio de un solo ideal, de una sola aspiración: el bienestar de su país. La palabra, escrita o hablada, ha sido para sus ideas un vehículo poderoso. No le ha sobrado el tiempo, más que en su juventud, para hacer obra desinteresada, desde el punto de vista del placer estético que pueda proporcionar. Así, aún su labor de literato,—aspecto que encierra, según confesión propia, su verdadera vocación,—háse visto supeditada a sus aspiraciones de

¹ Algunas de ellas: *Conferencias filosóficas*, (Lógica, Moral y Psicología), *Curso de Psicología*, *Artículos y Discursos*. Desde mi Belvedere.



ENRIQUE JOSÉ VARONA

patriota. La literatura, de igual suerte que todos los demás aspectos en que reveló su aptitud, ha sido para él un medio, nunca un fin. Es por eso por lo que en la extensa producción de este escritor—tipo genuino del literato, por su dominio del idioma y por su erudición nada escasa en la materia—no abundan las obras puramente literarias, y aun, cuando se las encuentra, van generalmente unidas a la difusión de alguna idea que el autor quiso grabar en el corazón de sus contemporáneos...

A fuerza de estudiar a los escritores ingleses, el temperamento de Varona ha ido asimilándose las cualidades del espíritu sajón, llegando a formar éstos, en él, un contraste admirable con sus dotes fundamentales de *latino*, si es que aceptamos esta palabra, que el uso va sancionando, para referirnos a la herencia que los pueblos de América han recibido, más que en el orden étnico, en el de la civilización. Sin perder las condiciones de ductilidad y elegancia de los latinos, ha adoptado la serenidad y el humorismo de los sajones. De allí que trate muchas veces problemas trascendentales con una ironía que en vez de dar risa inclina a la tristeza. Así en esa admirable epístola *A Plutarco, fabricante de grandes hombres*, en el artículo *A barrer*, y en otras de igual índole.

En otro artículo que figura en el volumen,¹ *Hu-*

¹ Se refiere a la obra *Desde mi Belvedere*, de la que se han tomado los artículos siguientes; con el permiso de su generoso Autor. (N. del D.)

morismo y tolerancia, Varona hace un paralelo muy acertado entre el *humorismo* y el *esprit*. «El inglés—dice—es el hombre del *humor*, como el francés es el hombre del *esprit*. Pero nótese que el *esprit* se va todo en superficie, y el *humor* todo en profundidad. Aquél es un rayo de luz que juega sobre la delicada película nacarina de una pompa de jabón, éste es un haz de sol que va a buscar, para encenderlo, el espejo del agua escondida en el oscuro fondo de una cisterna. El *esprit* es un juglar, que hace voltear las palabras en vez de bolas de colores, y ríe para hacer reír. El *humor* es un satirizante, disfrazado de clown, que pone a la vista el fondo de las cosas, el reverso de las medallas, y ríe para hacer pensar. El *esprit* es jocoso y el *humor* melancólico. El uno es hijo del ingenio, que se siente libre y vuela; el otro es hijo de la fuerza, que siente sin embargo las limitaciones naturales, y sabe que ha de luchar con obstáculos».

Tan exacta diferenciación puede servirnos para precisar claramente la asimilación completa que Varona ha hecho del *humor* inglés y de algunas cualidades del espíritu sajón. No hallaremos en sus obras una sola ráfaga de *esprit* francés, ni de *gracia* española, porque su temperamento ya no puede acomodarse a esas manifestaciones. Varona nunca reirá para hacer reír, sino para hacer llorar o para hacer que se dibuje sobre los labios de sus oyentes una sonrisa de amargura...

«Comunmente,—ha dicho él alguna vez, en sus conversaciones íntimas,—las gentes me llaman *el filósofo*. No pretendo desmentir ahora mi amor a

los estudios filosóficos, pero sí puedo afirmar, en cambio, que mi verdadera vocación, la única vocación que he tenido, es la de ser un literato. Cuando se vive y se estudia, a la larga, el tiempo nos enseña a no confiar demasiado en el mundo de las teorías... El apasionamiento o la vehemencia al defender una teoría, aparejado va casi siempre al ímpetu de la edad temprana. Y en la literatura, al menos, hay algo absoluto y eterno: la forma. Todo cuanto es *forma* está llamado a subsistir, está llamado a perdurar...»

No es extraño que quien así piensa sea un notable estilista, un verdadero artífice de la forma. El estilo de Varona es claro, armonioso, elegante; en él se revela un conocedor sapiente y hábil de los resortes propios del idioma.

Sus empeños de patriota y de pensador le han impedido, sin embargo, ser, como él lo hubiera querido, ante todo y sobre todo, un literato. ¿Qué importa, al cabo? Esta circunstancia da aun mayor realce a su producción, porque así, hermanada y confundida con su obra, está su vida, dedicada al amor de la tierra natal, impregnada en tan penosa angustia por la suerte de la patria, que en cada una de sus páginas parece que el autor ha dejado jirones ensangrentados de su cerebro y pedazos de su propio corazón...

Max Enríquez Ureña

Lecturas de Varona

Días después

LA naturaleza es horrible en su indiferencia. Lo mismo pulveriza la flor espléndida y el insecto nacarado, que el águila caudal y al hombre, coronado de presunción, *homo sapiens!* En el perenne y misterioso combate que se libran la creación y la destrucción, la victoria es siempre del más fuerte. Todo organismo para vivir necesita destruir otro organismo. Esta es la terrible ley que llamamos de vida. Y es ley de muerte.

El hombre no se cuida de su inmensa labor destructora. Los organismos innumerables e invisibles, que hacen de él su presa, tampoco se cuidan de sus alegrías, ni de sus dolores, de sus designios, ni de sus pasiones. Son tan indiferentes en su incons-

ciencia, como el hombre consciente lo es para todo lo que está o cree que está debajo de él. Lo mismo atacan y destruyen al infante que empieza a balbucear, que al anciano decrepito que olvida la palabra, lo mismo al varón engreído en su robustez, que a la joven matrona que lleva en su seno la esperanza de las nuevas generaciones.

El mundo fuera un inmenso campo de carnicería, donde en medio de tinieblas densas, se librara eternamente el combate salvaje de la vida, si no lo alumbrase con su luz funesta ese sol mortecino, que llamamos la conciencia. ¡Cuán compasiva fué para los animales inferiores la filosofía orgullosa que ha querido ver en ellos meros autómatas! ¡Conciencia!, es decir, dolor. Y en el hombre además, pavor, desolación por nuestra impotencia, por nuestro aislamiento, por nuestra soledad. ¿Para qué sirve la conciencia? Para sentirnos morir. Para ver morir. Para asistir con espanto en nuestro espíritu al gradual hundimiento, al paulatino desvanecimiento de nuestras creencias, de nuestros deseos, de nuestros afectos. Para seguir con espanto en el espíritu ajeno la desaparición lenta o rápida de cuanto nos lo hizo caro.

Dicen que estamos los hombres unidos por la conciencia. ¡Quimera engañosa! Separados eterna, irreductiblemente por la conciencia. Todo puede fundirse, siquiera un instante, en la naturaleza, menos dos espíritus. Hay dos manos que se estrechan, dos bocas que se besan, pero allá, más allá, en el fondo misterioso de cada ser humano está una conciencia que no se une, que no se entrega por completo, que en el instante inmediato puede estar separada de la otra por toda la inmensidad de un abismo sin límites. Y para mayor tormento, para más horror, lo sentimos!

Si hubiera algo compasivo en el mundo, el hombre debería ser ciego, irremisiblemente ciego de espíritu. ¿A qué anhelar, si cuanto toco se va en polvo? ¿A qué amar, si todo es efímero? Efímero el cuerpo, efímera la belleza, efímero el afecto, efímera la pasión. Y sobre todo, ¿a qué concebir y amar lo permanente, si todo es pasajero? De las entrañas mismas de la humanidad sube un clamor eterno: *cuncta fluunt*, todo pasa, todo huye; *velut unda supervenit undam*, una ola sigue a otra, un amor a otro amor, una vida a otra vida. Pero, ¿por qué he de sentirlo, por qué he de verlo, por qué he

de saberlo? ¿A qué la conciencia de lo finito con la ilusión de lo infinito?

En medio de Atenas se elevaba un altar vacío, sin deidad, ni símbolo. Estaba dedicado a la Compasión. Los suplicantes, que lo cercaban en tropel, levantaban sus palmas al aire vano. Imagen tremenda de la mísera y engañada humanidad, que busca inútilmente la conmiseración donde menos está, en la fría e impasible naturaleza, que no conoce ni el amor, ni el odio, ni la desesperación, ni la esperanza. Tranquila o revuelta, su corriente incesante todo lo arrastra, todo lo arrebatada y todo, no se sabe dónde, lo sepulta.

Sólo el hombre compadece al hombre. Mas la compasión también es dolor; dolor estéril, como todos, porque no hay más que un bálsamo verdadero, la inconsciencia. La inconsciencia imperfecta que nos trae ese deficiente anestésico, el tiempo; o la inconsciencia plena, en que nos envuelve la única consoladora, la muerte.

Cuando en el hogar queda vacío un puesto irremplazable, cuando en la fila de los amigos se abre un hueco que no ha de llenarse, cuando de la legión de los que glorifican la humanidad cae uno que no se

levantará; ¡cómo maldecimos, cómo exorcizamos la muerte! ¡Cuán horrible nos parece su faz lívida! Y es verdad, la muerte es horrible, mas no para el que se va, sino para los que se quedan. El caro desaparecido ya no siente, ¡dicha suprema! ¡dicha única! y en cambio su recuerdo nos está lacerando las entrañas; sin otra esperanza que la de hacernos estólidamente a la soledad, que nos parecía insoportable; o la de dejarnos vencer, sin darnos cuenta, por la artera cobardía del olvido.

25 de Agosto de 1895.

Lo que piensa el obelisco

TODO era glacial aquella tarde. Detrás de los enormes cristales, cerca del calentador que crugía de cuando en cuando, la blanca perspectiva que se espaciaba ante mis ojos me atería el espíritu. Nada bullía a mi alrededor. El edificio colosal se había ido vaciando poco a poco del enjambre ruidoso que lo llenaba. Parecíame, sin embargo, que el aire helado y sutil, que debía silbar fuera, vaheaba sobre mi rostro, y me hacía estremecer.

No podía separar la vista del gran monolito, que estaba allí, a pocos pasos, inmóvil y erguido sobre centenares de esqueletos de árboles, que se sacudían, dejando caer en largos canelones la nieve cuajada en sus ramas sin hojas. Se me antojaba que corrían fugaces escalofríos por la piel rugosa de aquella mole, hecha por siglos a los ardores del sol africano y al hálito abrasado del desierto. Erigido por la vanidad humana en un suelo de clima casi tropical, la

vanidad humana lo había trasplantado a un suelo de clima casi boreal. Me figuraba que el frío de mi alma debía morder sus entrañas de piedra.

Lo veía allí, como espectro de edades remotísimas, evocado por la universal desolación de la naturaleza, privada del calor fecundante; para ser testigo de otra vida en otro mundo diverso. El que vió desfilar, grave y mudo, las pompas guerreras de los Thutmes y de los Ramses, reyes, hijos de dioses, y dioses visibles ellos mismos miraba ahora la procesión interminable, abigarrada y brillante, de otros hombres que obedecen a reyes impalpables y reverencian a dioses invisibles.

La tierra estaba muerta; pero el hombre hormigueaba vigoroso en su superficie helada. En torno, delante del obelisco, pasaban veloces magníficos trineos, arrastrados por soberbios tríos de corceles con vistosos penachos, y atestados de mujeres y hombres arrebujaos en pieles, deslizándose sin parar, uno y otro y otro y mil, a cual más brillante, a cual más rico, a cual más rápido, aguijados por no sé cuál imperioso afán de ir adelante, de prisa, en pos de algo inaccesible que se dibujaba en la blanca

lontananza; sin duda para desvanecerse, pues la carrera silenciosa no paraba jamás.

Y sin poderlo evitar, prestaba yo mis pensamientos exóticos al inerte obelisco, y me parecía que los extraños signos que tatúan sus caras hablaban, y decían:

«Yo he visto multitudes afanosas, con brazos y pies desnudos, en la tierra que el limo del sagrado Nilo fertiliza; yo las he visto, en fila inacabable, ir abrumadas a depositar su carga, como una ofrenda, ante el déspota que temían y veneraban, para levantar monumentos imperecederos a su soberbia mortal. A penas caía uno en el camino arenoso, otro ocupaba el hueco; y la tarea y el afán no cesaban nunca. A no ser por el tamaño, hubiera confundido aquellos hombres con la diminuta hormiga, que pasa así la existencia, colaborando en obras gigantescas e inútiles.

«He visto después precipitarse sobre ellos, como trompa impetuosa, hordas de gente extraña, que pusieron el alfanje en sus manos, y los arrastraron a una nueva tarea de esfuerzo y de sangre, para levantar otros monumentos en que inscribieron en otra lengua otros nombres. Pasaron predicando, saqueando y matando, y siguie-

ron a otras comarcas para predicar, saquear y matar. Y su obra de destrucción y edificación no se detenía nunca.

«No sé cuántos años, ni cuántos siglos pasaron. A mis pies veía siempre sucederse, como las olas de un mar sin orillas, las generaciones de hombres, siempre encorvados en una carrera sin fin, para ir a rematar una obra interminable.

«Un día su afán insensato se volvió contra mí. Me arrancaron del suelo en que se amasó la roca que me forma, y me trajeron a una región extraña, donde todo es diverso. ¿Qué iba a ver en torno mío? Cuando empecé a familiarizarme con estos hombres nuevos, cuando supe interpretar el rumor de trueno subterráneo que sale de esas inmensas colmenas que desde aquí descubro, y las trepidaciones producidas a su paso por esos monstruos empenachados de humo que vuelan sin alas entre la tierra y el cielo, el espectáculo de esta marea humana que viene a romperse contra mi base inno-ble nada me dijo que ya no supiera.

«Estos hombres no van descalzos, ni se humillan ante un tirano amasado de su mismo barro, ni ensangrientan la tierra por una quimera irisada y fulgurante; pero van,

sin embargo, más premiosos, con más ahinco, con mayor fatiga, devorando el espacio, recortando, mutilando, abreviando el tiempo, al mismo fin incógnito; erigiendo trofeos más altaneros, que han de caer no obstante; amontonando edificios más altos, que se derrumbarán al cabo; engarzando, encadenando poblaciones para formar ciudades-provincias, que se derrumbarán al fin en ruinas; queriendo hacer más y más pronto y mejor que los pasados, y haciendo a la postre lo mismo: afanar, afanar, desvariar, pretender volar, y al cabo en un instante desaparecer.

«He visto, sí, millones de hombres en millares de años; los he visto cambiar de traje, de moradas, de gestos, de lenguaje, de ideas. No los he visto cambiar de apetitos, ni de pasiones. ¿De qué les sirve correr, deslizarse, precipitarse, volar con tan regocijado ímpetu, sin querer parar, si no pueden parar cuando quisieran?».

Caía la noche, y los últimos reflejos de la tarde fría se quebraron en chispas sobre el gorro de zinc dorado que cubre el ápice del obelisco. Me pareció que pestañeaba el ojo triste de un cíclope melancólico.

Educación popular

GRACIAS a un periódico de esta ciudad, leí el otro día una carta, entre enigmática y zumbona, en que se me excitaba a decir algo sobre educación popular. La epístola contiene algunas insinuaciones curiosas y algunas otras oscuras. Por eso no estoy seguro de haberla entendido bien; y a no ser por la seriedad del periódico y el lugar preferente que le concedió, la hubiera tomado toda por pura broma.

Sea de ello lo que fuere, como el asunto en sí no tiene nada de cómico, antes bien, mucho de triste, haré como si la petición se encaminara a buscar una respuesta. Hay casos en que vale más pasarse de cándido y no de listo.

Se me ocurre a veces que estamos necesitados no sólo de educación popular, sino de educación total. En ocasiones me parece

que somos una colectividad social bastante mal educada. Pero todo ello sólo a veces y en ocasiones. Las más, me reclino blandamente en esa suave satisfacción de uno mismo, que tantos llaman amor patrio. Entonces me siento seguro de que somos—plural de soy—un dechado de perfecciones; y convengo en que hay que reformar la educación... de los demás.

Puestos a reformar, es claro que se debe empezar por la base. Sobre todo en materias de educación, hay que comenzar por el principio y dejarlo bien rematado. Se impone el método de las matemáticas: subir los escalones de uno en uno, no de dos en dos, y menos de cuatro en cuatro.

Este es un descubrimiento muy viejo, como otros muchos, y, como otros, bastante desatendido. Hace buenos siglos que lo preconizaba uno de los pseudo-evangelistas, el autor del *Evangelio de la Infancia*. En uno de sus capítulos da Jesús esta bella lección a su maestro. Quiso el futuro Cristo ir a la escuela, y fué conducido a ella. «Cuando el maestro vió a Jesús, escribió un alfabeto y le dijo que pronunciara *Aleph*. Cuando Jesús lo hubo hecho, le dijo que pronunciara *Beth*. El señor Jesús le dijo:—

Dime primero lo que significa *Aleph*, y entonces pronunciaré *Beth*».

Ahora bien, parece muy claro que la base de la educación social está en la preparación que reciban para la vida las clases populares. Si hemos de empezar por *Aleph* antes de pasar a *Beth*, pongamos manos a educar al pueblo. A primera vista, sin duda, esto se ve claro. Lo malo es que, a segunda vista, ya se ve un poco borroso.

No se educa con preceptos, sino con ejemplos. Hace millares de años que, de la boca de sus sacerdotes, de sus profetas, de sus moralistas, de sus mandarines, de sus magistrados, de sus tribunos y hasta de sus empresarios de espectáculos, descienden blandamente sobre los pueblos, como los incesantes y apresurados copos de una gran nevada sin viento, los más saludables consejos para ablandar el corazón, morigerar la conducta y rectificar al cabo la vida. Y toda esa lluvia bienhechora se desliza y cae por tierra, sin dejar sino algunas gotas adheridas a la ropa, gotas que un movimiento maquinal sacude, o que se evaporan y desaparecen.

Lo que labra en la conciencia es la acción que se ve repetir y que se repite. La

acción del que uno estima, a sabiendas o no, superior. Cada individuo imita al otro que admira; cada clase a la que está encima. La educación desciende de arriba hacia abajo. En los buenos tiempos de la monarquía, el rey educaba a la corte, la corte a la nobleza de espada, la nobleza de espada a la nobleza togada, la nobleza togada a la clase media, la clase media al pueblo. La educación, que no era muy buena en lo alto, resultaba pésima en lo bajo, porque cada copia se asemejaba menos a un original que nada tenía de excelente. Pero de todos modos, el hecho es el hecho; y mientras haya hombres y clases sociales — lo que va para largo, — se repetirá inflexiblemente el mismo fenómeno. De suerte que para sanear los sótanos, hay que tener muy limpias y ventiladas las galerías superiores. Lo que pasa en éstas se halla a la vista de todos; y es una lección objetiva de cada instante para millares y millares de alumnos, que la reciben sin darse cuenta del aprendizaje. Mientras se juegue en el club, se jugará en la taberna. Mientras combatan al florete los caballeros, pelearán los jaques a cuchilladas.

Lo que digo de la educación en este sen-

tido tan amplio, que es el que le corresponde, habría de repetirlo de la instrucción. Grande y urgente necesidad tenemos de instruir a nuestro pueblo; pero la instrucción es también como el agua: corre de la cima a la falda. Cuando Francia, después de sus tremendos desastres, se aplicó con renovado ardor a su obra de regeneración, muchos eminentes y nobles espíritus, a su cabeza Renan, pidieron que la reforma de la enseñanza empezara por los estudios superiores. Muchas razones abogaban en su favor, pero la profunda y decisiva es que, para enseñar, lo primero que se necesita son maestros. Un maestro es un guía; el guía mejor es el que ha ido más lejos y con más frecuencia por el camino que ha de enseñar a recorrer. El que ha explorado más y ha descubierto más amplios horizontes.

¿Por donde, pues, debemos empezar nosotros, si queremos, como debemos, educar e instruir a nuestras clases ineducadas e iletradas? ¿Por arriba? ¿Por el medio? ¿Por debajo? ¿Dónde está nuestro *Aleph*?

Como la carta a que me he referido no me pedía soluciones, que hubiera sido ponerme en grande aprieto, hago lo que pue-

do planteando el problema, como mejor se me alcanza. Dicen que problema bien planteado está ya medio resuelto. Vamos a ver, pues, si desentrañamos la significación de *Aleph*, y entonces podremos pasar a *Beth*.

Junio, 1899.

Enero

EN las blandas alas de la ilusión se deja conducir el hombre a través de la línea indefinida, interminable del tiempo. Nuestra pequeña cárcel, la tierra, gira en estrecha órbita; y en su avance y regreso sucesivos va pasando alternadamente de las nieves de Enero a las flores de Mayo; de las flores de Mayo a las nieves de Enero.

Y el hombre cree cándidamente que también para él vuelven a florecer las rosas y a cantar los ruiseñores; espera que en sus lagares correrá el zumo nuevo de las nuevas vides; aguarda los villancicos que saludarán la futura renovación de su vida.

Como no ve envejecer la tierra, nada quiere saber del diente invisible que va desmigajando su alma, a medida que él se desliza por la recta infinita del tiempo. Y sin embargo las nieves de antaño no vuelven para él; ni son tan frescas las flores de la próxima primavera, como lo fueron las de la pasada.

«Tu torni ben, tu torni,
Me teco altro non torna».

No renueva sus moldes la vieja artista naturaleza. Ya sus obras más exquisitas nos parecen amaneradas. Siempre las mismas rosas, siempre los mismos pámpanos, y siempre al cabo el mismo blanco sudario sobre la tierra aletargada.

Para ayudar a nuestro propio engaño, hemos encasillado el tiempo, y a cada pequeña porción damos un nombre, que repetimos de trecho en trecho, para alentarnos con la ilusión de que hemos vuelto atrás y empezamos de nuevo la ruta. Ahora es Enero. Mas ¿quién nos dará los ojos de Adán para ver, juvenilmente, la juventud del año?

El viejo entre los viejos, Jano, anterior a los hombres y a los dioses, nos aguarda, en ésta que queremos llamar entrada, con su rostro de efebo dirigido hacia atrás y su rostro de anciano vuelto hacia adelante. La cara fresca de ojos sin nubes es la que necesitaríamos nosotros para mirar el camino que ante nuestras plantas se prolonga; y encontrarlo llano, alfombrado de fresca grama, sombreado de laureles perennemente verdes.

Ver quisiéramos a pocos pasos el regocijado coro de las horas, asidas de las manos para la danza ligera, buscándose unas a otras con la mirada jubilosa, exhuberantes de lozanía y plenitud de vida; como quienes siguen las huellas de la luminosa aurora, que desata las ligaduras del sueño a las plantas, a las bestias y a los hombres.

Mas ¡ay! la ronda que acertamos a ver no es la de esas ninfas de alas invisibles, de gayadas vestiduras, que antes nos arrebatában en sus rápidos giros. Las que evoca el dios ceñudo que preside al nuevo Enero van torvas y enlutadas, escondiendo en los pliegues del manto instrumentos de tortura. Sus labios parecen pronunciar la ineludible sentencia del reloj agorero de Urrugne: *Vulnerant omnes; ultima necat.*

Sí, cada una hace al pasar su herida: quien en el pecho, como estocada, quien en la espalda, como latigazo, quien en la frente, como estigma. El alma cuenta las cicatrices, y mira con sonrisa irónica la puerta falsa que entorna Enero sobre la inmensidad del tiempo. Por allí pasarán de frente nuestras miserias y de soslayo nuestras ilusiones.

Más allá del umbral tropezaremos de

nuevo con la multitud afanosa que dejamos a la espalda. Ellos también han pasado por el postiguillo, en busca del mismo año nuevo, que ha de resultar tan viejo, de la misma vida nueva, que ha de ser al fin aquella deshilachada y rota por el uso.

Por allí van los buenos amigos que esconden la mano, si ven que damos un traspies. Los lisonjeros ingenuos, que llevan cosida a la ropa la tarifa. Los celosos del bien público, que vilipendian a su hermano, si no piensa su hermano como ellos. Los fanáticos de conveniencia, que incendian una ciudad, para verse grandes siquiera en su sombra, proyectada por las llamas. Los que enmudecen cuando zumba la calumnia en torno de su valedor; porque no quieren pasar por rendidos a la gratitud. Los que aplauden cuando crucifican a un justo, porque hay que ahogar el orgullo antes de que asome. Por allí van los charlatanes de la ciencia, los monederos falsos de la virtud, los barateros del patriotismo. No, el año nuevo no nos librará de esa incontable caterva. Quedarían demasiados huecos en el mundo.

Pues la tierra envejece o envejecen los ojos con que la miramos, que todo al cabo

es lo mismo; y pues el hombre no deja la vieja piel en el antro del viejo año, resignémonos a seguir tejiendo y destejiendo la tela de nuestra vida, así en el presente Enero como en los que le sucedan. De cuantos horóscopos podamos brujulear en estos días proféticos, el más cierto es que poco importa la cifra con que designemos el año; cada uno de ellos trae su semana de pasión; sólo que para unos hombres comienza antes que para otros, y hay quienes no la interrumpen de Enero a Enero. Los esbirros y verdugos son las pasiones humanas, y éstas sí disfrutan de juventud eterna.

Puede que algún lector, al llegar aquí, piense que, para repetir verdades tan manoseadas y tan tristes, no vale la pena de escribir una página de almanaque. Es muy probable que tenga razón. Pero piense también que cada cual dá lo que tiene; y que son muchos los que, al detenerse a ver cómo voltean por el aire tenue las hojas de vario matiz que el tiempo arranca de su libro exfoliador, repiten con el ciego inmortal:

«Thus with the year
seasons return, but not to mí returns
the day».

El arte de la vida

DESPUÉS de tan largas horas opacas, húmedas, animadas apenas por las ráfagas de viento que lazaban de través la lluvia, saben bien estas ráfagas de sol, que a ratos ponen grandes manchas de luz en el piso y los muebles. No es todavía la bonanza; pero ya va disipándose el ceño del tiempo; y poco a poco parece que se desarropa y desentume el ánimo. También corren fugaces las nubes que envolvían mis pensamientos, y se van haciendo claros cada vez mayores en la oscuridad soñolienta en que flotaba mi espíritu.

En esta correspondencia siempre efectiva, aunque no percibida siempre, entre la naturaleza cambiante y la mente movediza está el secreto de un arte exquisito de que todos pudieran gozar, aunque sean tan pocos los que disfruten de él a conciencia, si nos cuidáramos más de cultivarlo. El arte

de sentir e interpretar las emociones que brinda la vida, al que sabe verla por sus mil diversas facetas.

Lo que más ennegrece la existencia de la generalidad de las personas, o la reviste de exasperante monotonía, es el estrecho horizonte en que la mantienen encerrada, por falta de cultivo de su capacidad de simpatizar. No todos simpatizamos con todo. Pero si se registra bien el fondo de nuestra sensibilidad, será muy difícil que no encontremos algún filón que explotar, para interesarnos por algún aspecto del vasto y movable escenario en que somos a la vez actores y espectadores. Hay quien restringe su simpatía al hombre y a lo que de él depende; hay quien se estremece de placer o pena donde quiera que descubre alguna palpitación de vida; hay quien experimenta como una difusión de su espíritu a través de todo lo que existe, animado o inerte, y se siente florecer en el capullo que desencoge sus sedosos pétalos, y rodar suavemente con la pulida guija que el riachuelo arrastra al mar insondable.

Wordsworth ha expresado así, maravillosamente, sus sensaciones juveniles ante los grandes espectáculos naturales:

«For nature then
to me was all in all. I cannot paint
what then I was. The sounding cataract
haunted me like a passion: the tall rock,
the mountain, an the deep and gloomy wood,
their colours and their forms, were then to me
an appetite, a feeling and a love».

La naturaleza, dice el poeta, me penetraba y poseía; era mi todo. No sabría pintar lo que era yo entonces. El rumor de la sonante catarata llenaba mis oídos como apasionada obsesión; la erguida roca, la montaña, el bosque profundo y sombrío, sus colores, sus formas, eran entonces para mí apetito, sentimiento y amor.

Mas no es necesario ser un gran poeta, ni encontrarse ante la plena majestad de las bellezas del paisaje, para hallar en nuestro mundo exterior mil pequeñas fuentes de emoción poética, que pueden convertirse al cabo en un raudal copioso y profundo, que fertilice la vida. Del corazón más árido puede brotar esa agua cristalina, si se le toca desde temprano y en cada momento oportuno.

Una distinguida escritora norteamericana Miss Agnes Repplier, maestra cumplida en esa interesante disciplina, ha dicho con tino

y precisión singulares, que la facultad de disfrutar de lo bueno y lo bello en torno nuestro debe cultivarse como una de las bellas artes. Y su doctrina se enlaza, no sé si a sabiendas o sin saberlo, con la de otra escritora de su mismo origen, famosa en el mundo artístico con el nombre de Vernon Lee, para quien el gusto por las bellas formas y la expresión patética no es posterior, sino anterior a las obras del artista. Esto es decir de otro modo que el arte está en la vida y en la naturaleza, antes de tomar forma, más o menos simbólica, en la estatua, el cuadro o el poema.

Suena esta opinión, en el primer momento, como una verdad trivial, de sentido común; pero si vamos al fondo, y miramos después en derredor, advertiremos que la tendencia general es a convertir el arte en una región superior, en una especie de cima casi inaccesible, a donde sólo pueden elevarse algunos escogidos. No sé hasta qué punto debemos considerar como responsables a los mismos artistas de este error, que redundará al fin en perjuicio suyo.

Mientras más se abra a la generalidad la fuente de las emociones estéticas, mayor será cada día el número de los que sepan

apreciar y gustar la obra de arte. Pero lo importante es recordar que esa fuente no mana de los museos, de las colecciones, de las bibliotecas, que son, por el contrario, los grandes depósitos artificiales a donde van a confluír sus aguas. El manantial está en cada alma humana. Puede fluir y fluye al contacto con el mundo y la vida; si sabemos revestirlos de interés; si no endurecemos o dejamos que nos endurezcan el corazón, fomentando las pasiones mezquinas; si evitamos la constante subordinación de nuestras sensaciones, que son los hilos que nos unen al gran todo, al provecho actual de la persona. Hay que aprender a salir de sí, para que se enriquezca de veras nuestro espíritu.

Sobre cuántas vidas brumosas, monótonas, estériles, luciría un sol claro y fecundante, si no se las hubiera dejado consumirse y ahilarse, como planta escuálida de paramera, en la indiferencia y la inacción!

22 de Noviembre, 1903 (después del temporal).

A Artemis Agrotera

C/o Mr. Augustus Saint Gaudens
Torre de Madison Square Garden.—New York

Diosa:

DESDE tu inaccesible altura, condesciende, por una vez siquiera, a prestar oído a las palabras importunas de un mortal.

Mis plegarias silenciosas se han elevado muchas veces hacia ti, deidad serena y resplandeciente, cuando, en los tediosos años del destierro, mis ojos suplicantes te saludaban, cual símbolo de inmortal belleza y de suprema esperanza.

Cuántas veces, cuando la nieve cubría las calles con su manto de blanca felpa y colgaba su vellón de los árboles ateridos, y el bullicio de la metrópoli inmensa parecía ensordecerse en la atmósfera helada, te he visto radiosa, en tu virginal desnudez, pro-

siguiendo tu carrera inmóvil, por la región tranquila, a donde no llegaban ni los silbidos del bóreas tempestuoso, ni el sordo tumulto de las pasiones de los hombres.

Y cuántas, al sacudirse la tierra del sopor invernal, al escarcharse de hojillas apenas verdes las ramas, al aletear de los pájaros piadores, y al precipitarse con nuevos bríos por parques y avenidas el río humano, crecido con la savia de la nueva primavera, te he contemplado, cerniéndote en reposado vuelo sobre la ciudad atronadora, persiguiendo con invisible jauría tu invisible caza.

¡Oh Artemis Agrotera!, eterna cazadora, cuán remontada te me aparecías, sobre aquel torbellino de movimiento y vida afanosa, señalando, en el éter excelso, con la aguda punta de tu flecha perennemente extendida, el misterioso blanco del ideal.

En los días en que la ciudad imperial era una inmensa agora, y los ciudadanos corrían frenéticos a la caza del voto, que los empuja al palacio consistorial o al capitolio de Albany, me preguntaba yo, diosa justiciera, cómo habías podido dejar las ondulosas colinas délficas por los enormes bloques rectangulares de la isla de Manhattan,

y trocar las riberas floridas de juncos del Meleto por las escarpadas márgenes del Hudson.

Recordaba las palabras del aeda, que te llama amiga del arco, de la caza, de los coros, de las florestas y de «las ciudades habitadas por hombres justos». Y me decía que el ruido estridente y discordante de las bocinas que anunciaban el triunfo de la demagogia beoda e insolente no debía ser el tañido y la algarada que tanto te regocijaban por los boscajes del Taygeto.

Pero recordaba luego, diosa infatigable, que también dice el poeta que tus flechas persiguen las alimañas feroces, y purgan de ellas la fecunda tierra. Y me parecía que tu arco fulgurante, desde la cima alterosa que apenas tocas con ligero pie, disparaba lluvia de saetas contra el tigre de Tammany, más fiero y dañino que el jabalí de Erymanto.

Entonces te transfigurabas a mis ojos; y veía en tí la Artemis Soteira, que cierra su carcaj, porque ya no infestan el mundo monstruosos vestiglos, y en él viven los hombres, aleccionados por el dolor, en paz y concordia.

Años han pasado ya, deidad de mi des-

tierra, desde que no te admiran mis ojos, embebecidos en tu belleza remota; pero con la vista interna, bendición de la soledad, según dice un poeta, cuya lengua debes haber aprendido, con la vista interna te contemplo a mis solas y cada vez más te reverencio.

Te reverencio y te llamo, cazadora incansable; porque en torno mío hierven las mismas pasiones, que me hacían temblar por la libertad y la dignidad humanas en aquella tierra de mi refugio. Oigo las mismas voces de apetito insaciable; y veo pasar al demagogo cínico, arrastrado por el mismo vendaval de palabras mentirosas.

Mas no, no quiero que vengas con tus arreos de cazadora; todavía tienen allí larga tarea tus dardos. Ven, hermana y compañera de Apolo Musageta; ven tal como te he visto en los ex-votos délficos, con sendas antorchas en las manos, esparciendo rayos de luz, para expulsar los endriagos de las mentes tenebrosas. Ven, no a castigar, sino a alumbrar, Artemis Selasforos.

Este mío es un pueblo sencillo, a quien embaucan logreros que se dicen sus amigos. Tráenos luz, diosa que portas antorchas; infúndenos el amor al trabajo perse-

verante, diosa del uso de oro; enséñanos que la libertad es un medio útil, necesario, indispensable, pero sólo un medio para que reine y a todos proteja la ley equitativa, diosa que te complaces en morar en las ciudades habitadas por hombres justos.

Febrero, 1904.

Los ciegos gobernadores

No es este el título de un apólogo esópico, ni menos leyenda de alguna caricatura de actualidad. Los gobernadores del día, por regla general, se gastan rayos X, en vez de rayos visuales.

Sobre todo en día de elecciones.

Los ciegos gobernadores o los gobernadores ciegos constituyen un rasgo muy curioso de la curiosa historia del Japón. Cuentan las crónicas del Reino Florido que, a fines del siglo décimo, las costumbres del pueblo se habían dulcificado mucho, gracias sin duda a la difusión del budismo, y que se apoderó de los corazones gran lástima hacia los maltratados por la naturaleza, especialmente los ciegos.

Fueron éstos recogidos por todas las islas, y conducidos a un monasterio, desde donde se descubría un paisaje maravilloso. El lago Birva bañaba la colina en que el edifi-

cio tenía asiento, y enviaba las ondas de suave luz reflejada en su bruñida superficie hacia todas aquellas retinas insensibles. Allí fueron doctrinados los ciegos; y después se los nombró gobernadores de diversas provincias.

Esto pasaba en la misteriosa Cipango, mucho antes de Marco Polo. Lástima que los anales japoneses no nos digan al por menor las grandes cosas que debieron verse en aquellas comarcas, cuyos jefes no veían.

Desde luego debieron ser eminentes justicieros. Hasta los niños saben que la justicia ha de ser ciega. Parece que éste es el único medio de que pueda mantenerse en el fiel la balanza. Esos jueces, que no podían quitarse la venda, escapaban así a muchas tentaciones. Las Frínés japonesas, las pequeñas *gueishas*, vestidas de púrpura, ensayarían en vano los sortilegios de sus menudos gestos y la sonrisa de sus labios iluminados al carmín, ante aquellos ojos inmóviles, insensibles a la belleza de las formas y los colores. Las dádivas de los cohechadores de oficio perdían, para ellos, un grande atractivo, el reflejo fascinador del metal brillante.

Libres estaban de contemplar la gesticu-

estaban prosternados en actitud de adoración en torno suyo.

No podían sustraerse al olor de la sangre, que los compasivos japoneses derramaban tan copiosamente como los refinados helenos o los duros germanos; pero al menos no miraban las cabezas cortadas, que las damiselas, sus compatriotas, conservaban como valiosas preses. Así, de la ferocidad del *homo rex* no tenían noticias sino por un sentido, y éste bien poco intelectual.

Cuando les vestían la armadura de bronce y laca y colocaban sobre su máscara natural la careta horripilante, al salir, rodeados de samurais curtidos por las hazañas de la guerra civil inacabable, para poner en paz a los daimiós demasiado levantiscos, si detrás de sus pasos dejaban marcada su presencia escombros humeantes y cadáveres mutilados, nada habían visto los gobernadores ciegos. Y podían muy bien comparar su acción destructora a la de los elementos naturales, que purifican la atmósfera, descuajando bosques, fulminando peñones y arrastrando en la hinchada corriente hombres y alimañas. No tenían, como otros, necesidad de cerrar los ojos, para no medir el costo de sus sangrientos beneficios.

Sí, es lástima que no hayan quedado memorias exactas de la administración y gobierno de esos altos funcionarios sin vista. Así podríamos compararlos con los actos de los gobernadores que ven por sus ojos, o que, al menos, así lo creen. Porque, después de todo, no es seguro que vean cuantos llevan ojos en la cara, y hay muchos lazarillos que van tan a oscuras como los ciegos a que pretenden servir de guías.

Existe no sé si un cuadro o un grabado, pues solo he visto la reproducción, del gran artista japonés Hokusai, que representa once ciegos, vadeando un río. Adelantan con precaución, en fila india, asidos unos a otros, torciendo el cuerpo, tanteando con el palo, sumergiendo apenas el pié; pero adelantan sin caerse, y el que va delante parece ya tocar la tierra enjuta de la orilla. Se me ocurre que así irían gobernados y gobernantes, cuando éstos eran ciegos; puesto que así van todavía, en el Japón y más allá del Japón, pasando el vado de la vida, los que gobiernan, figurándose que ven, y los gobernados perpetuamente en tinieblas.

A Plutarco,

fabricante de Grandes Hombres

Clarísimo varón:

AUNQUE tu fama anda ya por el mundo algo desmedrada y paliducha, se debe más a la malicia y descreimiento de los hombres actuales, que a su buen juicio. Por mi parte, sigo pensando que los productos de tu antigua fábrica son excelentes; y los prefiero con mucho a los de los innumerables émulos tuyos, que, en mis días, tienen taller abierto, para proveer el mercado de hombres ilustres por medida.

Por pensarlo así, me he decidido a escribirte, a ver si me socorres, y conmigo a mis conciudadanos, en la apretada necesidad en que nos encontramos. No te impacientes, figurándote que se trata de que nos remitas algunas parejas de hombres egregios. No, no necesitamos que sacudas el polvo de tus anaqueles. Por el contrario, aquí los

tenemos a porrillo, hasta para exportar; y si te hicieren falta algunas docenas, podemos cedértelos, con descuento sobre el precio de catálogo.

Te diré en puridad, para tu gobierno, que este artículo se ha desacreditado un poco, por el exceso de producción, que tiene abarrotadas las plazas y trinando a los fabricantes. Con los procedimientos modernos, no cuesta más inflar un personaje, que una pompa de jabón. Todo lo que se necesita son unas cuartillas de papel, un vocabulario abundante de epítetos empenachados, dos docenas de papanatas y un empresario hábil, a quien tenga cuenta la operación.

Precisamente lo difícil hoy es dar un paso, sin tropezar con un grande hombre. Nosotros, míseros consumidores, estamos reventando de empacho de ellos. Y aquí tienes que se me ha venido a la mano el objeto principal de mi epístola.

Vivo, insigne beocio, yo que me permito importunarte, vivo en una isla de que no tuviste noticia, mucho más acá de la última Thule. Esta isla tiene fama de fértil; y aunque no muy poblada, compensan sus habitantes la falta de cantidad con la sobra

de calidad. Somos pocos, pero todos ilustres. Nuestra historia no es historia, sino epopeya. Nuestros hechos no son hechos, sino hazañas. Excepto la talla, todo en nosotros es grande, todo admirable, todo mayor de la ordinaria marca.

A tu perspicacia y experiencia no puede ocultarse que del exceso de tanto bien nace nuestro mal. Tantos superhombres juntos se sienten estrechos, se estorban unos a otros, y en cierto modo se anulan unos a otros. Tantas cimas iguales hacen el efecto de una línea continua. Nuestra común grandeza resulta monótona. Si, de algún modo, no se introduce entre nosotros algo que forme contraste, vamos a morir de hipertrofia de todas las células que componen nuestro tejido social.

Como eres tan perito en hombres, que los sabías bertillonear muchos siglos antes de Bertillón, se me ha ocurrido acudir a tu ciencia; a ver si nos mandas unas cuantas remesas de individuos perfectamente mediocres. Por lo mismo que tu especialidad son los grandes hombres, has de saber distinguir a maravilla la gente común, la de poco más o menos, que es la que nos hace falta.

Queremos, buen Plutarco, hombres laboriosos, que no pregonen a todos los vientos su laboriosidad como virtud excelsa; gente que labre su huerta, y no crea que se le deben recompensas públicas por labrarla; que ame su patria, y no entienda que un sentimiento tan natural merece estatuas; que la defienda llegado el caso, y no espere que se le consagre héroe por haber cumplido un deber rudimentario; que sirva con celo a la república, y se vea recompensado por la prosperidad general de que forma parte la suya, sin esperar que le paguen en privilegios lo que es deuda de todo ciudadano. No más que eso queremos; pero lo queremos con gran apremio, porque la carencia es mucha.

Si nos puedes servir, siquiera con algunas muestras, nos dejarás eternamente obligados.

Te deseo grata compañía, buena conversación y sutiles disquisiciones.

Habana, 19 de Junio, 1904.

Posdata. Si te decides a complacerme, mira si encuentras por ahí de repuesto un Filopœmen de marca menor. Dices del tuyo,

en alguna parte, que sabía no sólo mandar según las leyes, sino a las mismas leyes, cuando la necesidad pública lo requería. No pretendo que el nuestro sepa tanto; sino que acierte a servirse de las leyes, para evitar que otros se crean superiores a ellas, y por tanto exentos del deber de cumplirlas.

Después de todo, dicen por ahí, y ya se decía en tu tiempo, que la ley sólo se ha hecho para los pequeños. Razón de más, para procurar nosotros que venga esa remesa de hombres no grandes, no ilustres, no excelsos; sino modestos, pobres de espíritu, súbditos de la ley. Porque éstos, y sólo éstos, son los que hacen innecesarios a los Filopœmen completos o recortados.

No te importuno más, no sea que algún malicioso pretenda sacar a mi posdata más jugo que a mi carta.

Jairein.